

sienes, y colgados al cuello de una cadena las láminas de oro sobre sus pechos. Así Colón se holgaba en ver cómo surgían las islas á su paso y cómo se acercaban, después de haber huído al primer encuentro, los naturales reconciliados con los españoles por el siguiente reflexivo impulso en las canoas cargadas de ricas ofrendas. Gozábbase mucho con los nombres á dar y con los datos á recoger en aquellas exploraciones. Á un grupo de numerosas isletas le llamaba Jardín de la Reina, en homenaje á Isabel I, y á una mayor, como la de Pinos, Evangelista, en recuerdo y conmemoración del cuarto Evangelio, donde resuena el Verbo creador. Mucho más anduviera, y á poco de haber andado en fines de Septiembre, persuadírase á tomar Cuba por isla en una reveladora experiencia que ya iba pronto á ofrecerle su derrotero, cuando los vientos le contrariaron de tal suerte, y las vigiliás y los cuidados le pusieron en términos tales, que á fuerza de luchar con los elementos contrarios y con los obstáculos espirituales, que á su providencial ministerio y destino se oponían por todas partes, cayó enfermo en términos de haber quedado como muerto, sin conocimiento, ni sentido, mostrándose tan sólo la vida que le restaba en los horrores y exacerbaciones de una fiebre altísima.

## CAPITULO XXVII.

### CAUSAS DEL REGRESO SEGUNDO DE COLÓN Á ESPAÑA.

**Q**ué sucedía en Castilla mientras Colón erraba por Haití, por Cuba, por Jamaica, por Pinos, por el mar de las Antillas y arribaba casi muerto á la Isabela? Dos expediciones habían de este último punto zarpado hacia España en aquel año, noventa y cuatro, una muy favorable al descubridor y otra muy adversa. De las dos hemos en otro lugar hablado, la favorable comandada por Antonio Torres, y la contraria por Margarit con Buil, aquélla bajo los auspicios de Colón, ésta en abierta rebeldía contra él y en desacato á él. Cuando llegó por primera vez Torres, un tropel de ilusiones y esperanzas revoloteaban y relucían en torno de su nave. Llevaba las epístolas del Almirante con informes verdaderos de sus innumerables descubrimientos, y piezas y ejemplares de oro bastantes á deslumbrar al más desconfiado. Con decir que un pedazo de oro nativo, entre los que Antonio Torres ofrecía por encargo de Colón á la vista del Estado español, pesaba nueve onzas, está dicho cuánto cebo daría de suyo al vulgo, pagadísimo del áureo país recién inventado á los conjuros del mago y á los presentimietos del profeta. Todo era júbilo en la maravilladísima España, y el entusiasmo, despertado por la vuelta de Colón en persona tras el

primer viaje, se reproducía con motivo de este regreso en la persona de Torres. Así, por Agosto de aquel año expidieron los Reyes cartas muy laudatorias á Colón en una flotilla que gobernaba el hermano de éste, Bartolomé, recibido bajo los mejores auspicios y despachado con toda suerte de ventajas. Á la expedición de Torres, llegada en primavera, subsigue la expedición de Margarit, llegada en otoño. Tres meses fueron bastantes á trastocarlo todo. Buil, que se había hecho lenguas de los descubrimientos en cartas llevadas por Torres á los Reyes, desembarcaba tras tan corto espacio echando pestes de los descubrimientos y del descubridor. No pueden referirse los desloores y los denuestos que proferían en los oídos de cuantos les prestaban atención y tenían en estima sus calumnias. Los Reyes, á pesar del natural desconfiadísimo de Fernando, no procedieron en tal extraño trance con ligereza, ni aceptaron como buenas al primer impulso las malas noticias. Se recogieron y meditaron, cual á su responsabilidad cumplía. Pero, mientras Margarit y Buil denostaban, el silencio subsiguiente al apartado discurso de Colón por Jamaica y Cuba parecía decir que todo estaba perdido, como los recién llegados decían de todas maneras y propalaban por todas partes. Así como la obscuridad aumenta los fantasmas del sueño, aumenta el silencio los recelos sugeridos por la perplejidad y por la incertidumbre. Encontraban los recelos despedidos por tal estado de las inteligencias su nutrición en las maniobras del arcediano Fonseca, puesto por los Reyes á la cabeza de un departamento tan alto como lo que podríamos llamar el Ministerio de relaciones con Ultramar, consagrado, en parte por malicia natural y en otra parte por sórdidos intereses del pro de la nación, al pro y al provecho suyos en una aviesa y triste administración, únicamente notada por lo mucho que á todo el mundo molestaba y lo mucho también que al administrador enriquecía. Los despechos de Margarit y los enfatuamientos de Buil quedarán baldíos á no tener el apoyo de Fonseca, quien, ofendido con Colón por las preferencias que merecía el descubridor á los Reyes, per-

turbaba las relaciones entre ambos y su Almirante, desistiendo del bien para que fueran ordenadas ciertas disposiciones y engrosando en el lente de sus personalísimos rencores ciertas irreparables faltas. Poco tiempo llevaba Colón de gobierno en la Española para que pudiera cometer muchos errores, y harto complejos resultaban sus cargos para que no hubiera de considerarse con una grandísima circunspección cuanto superaban á fuerzas aun sobrehumanas como las suyas. Luego el principal desengaño traído por los irreverentes consistía en la escasez de oro, en lo cual no sabe uno qué reprobar y condenar más, si la malicia ó la ignorancia, pues no podía responder Colón de tal carencia, y aun habiéndolo en abundancia, como lo había, no estaba de ningún modo á flor de tierra, sino que obedecía de suyo al esfuerzo empleado en buscarlo, y entregábase, como todos los productos, al empeño gigantesco del trabajo. Más fundadas que las acusaciones burocráticas de dos estadistas como Buil y Margarit, parécenme las acusaciones morales de un historiador como Las Casas, quien, dando de mano á todo interés económico y político, juzga los males caídos sobre un tan grande hombre como el Almirante, de facultades naturales rayanas en divinas, á trasgresiones de la ley moral tan grandes como la imposición de gravámenes y corveas, difícilísimas para los indígenas como la presentación de cascabeles y ddales flamencos repletos de oro al Erario; como la suelta de perros feroces que hincaban en las carnes desnudas de los indios sus agudos dientes hasta destrozarlos, convirtiendo las guerras, no obstante sus violencias, reguladas por ciertos principios jurídicos, en un ojeo y caza de humanos seres; como la reducción de los indígenas á siervos, almacenados cual bestias en el vientre de las naves y vendidos á guisa de rebaños como vil mercancía y objeto groserísimo de apropiación tras quince siglos de igualdad religiosa y de revelaciones cristianas.

Pero el P. Las Casas pertenece á la estirpe de pensadores, los cuales únicamente laboran y trabajan en abstracto con el éter es-

piritual de las ideas, que á toda combinación ideal se presta, en tanto que había de responder Colón en esferas distantes de las científicas, á costumbres y á instituciones que sólo cuatro siglos de progresos intelectuales continuos y grandes adelantos de la razón individual y colectiva pudieran alterar al influjo de fórmulas políticas superiores y al sacudimiento de radicales revoluciones. Además, Las Casas, eminente pensador y teólogo, pensaba con razón así respecto de Colón, á quien la mezcla de lo profético y de lo administrativo en su complejo carácter obligaba y constreñía con sus fuerzas fatales á mirar más la realidad y servirla; pero los enemigos de Colón seguramente no estaban en igual caso que Las Casas; y ni Buil ni su cofrade Margarit se levantaban sobre su siglo; ni Fonseca podía dar en rostro al descubridor con sus debilidades en materia de servidumbre, ofrecida y presentada por el Almirante como un recurso del Estado, cuando él se completaba ó enriquecía en el comercio y en la trata de siervos, mantenida por errores de los Estados más progresivos, y sancionada por complacencia de las Iglesias más cristianas, y ejercida en bazares babilónicos hasta nuestros mismos días. Lo peor del caso fué aquella influencia ejercida sobre un repostero de las casas Reales como Aguado, por un administrador como Fonseca, quien le impelió á convertir la información en juicio y á trocarse de comisionado en gobernador y casi monarca, con olvido criminal de sus facultades y desacato patente á quien ejercía el supremo poder y autoridad, por una delegación en regla y un poder en forma de los altísimos jefes y directores del Estado. Colón, resucitado casi tras la enfermedad letárgica en que pareciera como muerto, y muy sostenido por la voluntad firme de su hermano Bartolomé, púsose con empeño á rematar la indispensable apropiación de la Española, y supo á cabo llevarla con esfuerzo unas veces y otras con verdadera y consumada industria. Mucho le auxilió Ojeda, sagaz en su fortaleza, diestro en su fuerza, reflexivo en sus arrestos, audaz de suyo sin arrogancia, conciliador en los ajustes y arreglos tanto como

atrevido en los asaltos y ataques, de una inspiración militar que nunca le cegaba y de una constancia compatible del todo con sus arrebatos de verdadero héroe y con sus empresas de legendario caballero. Nada muestra esta suma de facultades opuestas como el apresamiento del cacique célebre Caonabo, rodeado de todas sus innumerables gentes y asistido de todas sus fuerzas. Traía observado el español que la curiosidad del reyezuelo se paraba mucho en su armadura hispana, la cual aparecía á sus cándidos ojos de salvaje como un cuerpo de quita y pon; en su espingarda, que mataba como el rayo de los cenúes; en su trotón, que prestaba las fuertes alas de los grandes pájaros y la incalculable celeridad del viento al Guamiquina, apellido con que designaban ellos á los jefes y capitanes. Pero lo que principalmente observó el buen Ojeda fué la extraña fascinación al indio sugerida por la campana del fuerte de Santo Tomás en Cibao y el religioso estupor en que aquella voz lo sumía. Faltos de los metales que componían la campana, ó faltos del arte de explotarlos, y mucho más aún del arte de fundirlos, considerábanla como un sobrenatural instrumento, destinado á traer aquí abajo voces y mandatos de arriba. Varios lucayos, de los instruídos por Colón para intérpretes, debieron decirle con alguna vaguedad, aprendiéndolo él con alguna confusión, que por aquellos sonidos, lanzados desde las alturas de una torre alta en todo el aire de la espaciosa comarca, se comunicaban los míseros mortales con los inmortales dioses y los muertos con los vivos en la inmensidad, llena de revelaciones que bajaban del cielo y de plegarias que al cielo subían, pues resulta certificado el empeño en Caonabo de poseer metales así, que, puestos en el cuerpo más débil, en forma de armadura, lo preservaban al golpe de la muerte, y colocados por lo alto, en forma de campana resonante, acercaban al hombre los invisibles dioses. Vestir hierro, montar caballos, ver con sus propios ojos la divina campana: he ahí todo cuanto deseaba el cacique, y todo cuanto le procuró el héroe, yendo con diez ó doce jinetes á su vista, cuando se hallaba circui-